

de su prision. Preso por consecuencia de una ley de sus enemigos, queria triunfar ó sucumbir vencido por la ley. Creia que el tribunal revolucionario le absolveria; pero aún cuando le condenase, la muerte de un justo, decia, sería ménos funesta á la república que el ejemplo de una rebelion contra la Representacion nacional. Robespierre, confinado voluntariamente tres horas en la prefectura de policia, no cedió sino á una patriótica violencia de Coffinhal, que fué á dispersar á los gendarmes, sacarle de su prision y llevarle á la sala del Consejo general de la municipalidad. «Si hay crimen será mio, y si hay gloria será para tí y la libertad del pueblo,—le dijo Coffinhal.—Los escrúpulos son para el crimen, jamás para la virtud. Salvádotte, salvas la libertad y la patria. Atrévete á ser criminal á este precio.»

Pero en el mismo momento en que Robespierre, arrebatado más bien que llevado por Coffinhal, entraba en la sala del Consejo, ahogado por los brazos de su hermano, de Saint-Just, de Lebas y de Couthon, le anunciaron la prision de Henriot. Coffinhal, sin perder un momento, bajó á la plaza, arengó á algunos pelotones de seccionarios, hizo que le siguiesen, se armó con un fusil, y marchó á la cabeza de aquella columna al comité de seguridad general. Se lanzó con su arma en la mano en los corredores y en las salas exteriores de la parte de las Tullerías, en donde estaba establecido el comité. Allí encontró á Henriot dormido por la embriaguez. Le puso en libertad, le hizo subir á su caballo, que aún permanecía atado á una reja del Carrousel, y le llevó á sus artilleros. Despertado Henriot, animado, libre y ardiendo por vengar su vergüenza, se precipitó hácia sus baterías, y volvió las piezas contra la Convencion.

IV

Eran las siete de la tarde. Esta era la hora en que los diputados dispersos volvan á la sesion. La consternacion se mostraba en todos los semblantes. En voz baja se comunicaban los siniestros presagios que habian recogido durante las horas de inaccion: el juramento de los Jacobinos de morir ó triunfar con Robespierre, la evasion de los presos, los grupos sediciosos amontonándose en los arrabales, la campana que sonaba á lo léjos, las secciones que se reunian á la municipalidad, los cañones apuntados hácia las Tullerías, la soledad que reinaba alrededor de la Convencion, la temeridad de los comités en despreciar á un pueblo armado con la fuerza abstracta de la ley, la proximidad de tres mil jóvenes alumnos de la nacion, pretorianos de Robespierre, acudiendo desde el Campo de Marte á la voz de Labreche y de Souberbielle para inaugurar con sangre el reinado del nuevo Mario. Los tímidos exageraban el peligro, los indecisos le aumentaban, y los cobardes aparecian en las puertas, sondeando el terreno y desapareciendo. Los miembros de los comités, expulsados del sitio ordinario de sus sesiones por la invasion de Coffinhal, advertidos de la presencia de Henriot en el Carrousel, deliberaban en pié en un gabinete próximo á la sala de las sesiones públicas. Toda la fuerza legal descansaba sólo en ellos. La salvacion de la Convencion estribaba en su actitud; una palabra podia perderla, una señal salvarla.

En aquel momento la Convencion se elevó á la altura de su peligro, y no desesperó de la representacion nacional ante los cañones apuntados contra el recinto de las leyes.

Bourdon de l'Oise apareció en la tribuna. Todas las conversaciones particulares cesaron. Bourdon anunció que los Jacobinos acababan de recibir una diputacion de la municipalidad, y que habian fraternizado con los insurgentes. Aconsejó á la Convencion que fraternizase tambien con el pueblo de Paris, y que calmase, mostrándose como en el 31 de Mayo, la efervescencia de los ciudadanos. Merlin refirió su arresto por los satélites de Henriot y su libertad por los gendarmes. Legendre, que volvió á hallar en lo desesperado de las circunstancias y en la ausencia de Robespierre la energía de sus primeros dias, enardeció los ánimos abatidos. Un tumulto exterior le interrumpió.

Era Henriot que acababa de mandar á sus artilleros que echasen abajo las



Clausura del club de los Jacobinos.—Pág. 492.

puertas. Billaud-Varennes denunció aquel atentado. Algunos diputados se precipitaron fuera del salon. Collot-d'Herbois ocupó su puesto de presidente. Aquel asiento, situado enfrente de la puerta, debía recibir los primeros disparos. «¡Ciudadanos,—exclamó Collot cubriéndose y sentándose,—ved aquí el momento de morir en nuestros puestos!» «¡Morirémos!»—le respondió la Convencion entera sentándose como para esperar el golpe. Los ciudadanos de las tribunas, electrizados por aquella actitud, se levantaron jurando defender la Convencion, salieron en tumulto y se esparcieron en los jardines, en los patios y en los barrios inmediatos, gritando: «¡A las armas!» La Convencion dictó un decreto poniendo fuera de la ley á Henriot. Amar salió escoltado por sus más intrépidos colegas y arengó á las tropas. «Artilleros,—les dijo,—¿deshonraris á vuestra patria despues de haber merecido tantas veces su benevolencia? Ved ese hombre que está embriagado. ¿Quién sino un ebrio pudiera mandar hacer fuego contra la Representacion y contra la patria?»

Conmovidos los artilleros por aquellas palabras, é intimidados por el decreto, rehusaron obedecer á su jefe. Henriot, casi abandonado, trasladó con trabajo sus

piezas á la plaza del ayuntamiento. El audaz Barras fué nombrado en su lugar comandante general de la guardia nacional y de todas las fuerzas de la Convencion. Le dieron para que le auxiliasen á Freron, Leonardo Bourdon, Legendre, Goupilleau de Fontenay y á Bourdon de l'Oise, hombres todos de resolucion. Se nombraron doce comisionados para que fuesen á fraternizar con las secciones, ilustrar el espíritu público y reunir la guardia nacional á la Convencion. Las columnas de los seccionarios que marchaban hácia la casa de ayuntamiento se desbandaron. Sus pelotones se dispersaron al impulso contrario de los agentes de la municipalidad ó de los comisionados de la Convencion. Unos prosiguieron su camino hácia la plaza de Greve, los otros fueron á formarse en batalla bajo el mando de Barras alrededor de las Tullerías. El pueblo, atraído en sentido opuesto y cansado ya de convulsiones, oyó alternativamente las proclamas de la municipalidad y los decretos de la Convencion que declaraban fuera de la ley. No sabía de qué lado estaba la justicia, vaciló, y se detuvo indeciso.

V

La noche envolvía ya con sus sombras las reuniones, que iban disminuyendo en los alrededores de la casa de la ciudad, y aumentaban alrededor de las Tullerías. Barras y los diputados militares que le acompañaban recorrían á caballo, á la luz de hachas de viento, los barrios del centro de Paris, llamando en alta voz á los ciudadanos para que auxiliasen á la Representacion contra una horda de faciosos. Un ejército, ó por mejor decir, un puñado de hombres decididos, compuesto de ciudadanos de todas las secciones, de gendarmes y algunos artilleros tráfugas de Henriot, formó en número de mil ochocientos hombres alrededor de la Convencion. Barras podía engrosar este número ántes de que amaneciese; pero conocía el valor del tiempo y el poder de la audacia. Improvisó con sangre fría un plan de operaciones que puso en práctica con prontitud; hizo rodear con astucia la casa de ayuntamiento por algunos destacamentos que se deslizaron por medio de calles excusadas, cortando de esta suerte los refuerzos y la retirada á los insurgentes. El mismo marchó lentamente, llevando los cañones á vanguardia, por los diques sobre la casa de ayuntamiento. Leonardo Bourdon siguió con otra columna por las calles estrechas y paralelas al dique, avanzando del mismo modo para desembocar por otro lado á la extremidad de la plaza de Greve. A medida que Barras y Bourdon avanzaban hácia el foco de la insurreccion, parecia que disminuía el murmullo del pueblo alrededor de la casa de ayuntamiento. El tumulto se calmó á medida que se acercaban. La noche combatía en su favor. Asegurado Barras por la soledad de los diques, mandó hacer alto á las cabezas de columna, y fué á galope á la Convencion. Entró en la sala, subió á la tribuna, y su continente marcial, sus armas y sus palabras restituyeron la confianza en los ánimos. Tranquila la Convencion, Barras volvió á montar á caballo á las voces de *¡Viva la república! ¡Viva el salvador de la Convencion!* Freron y sus ayudantes de campo le siguieron en la tribuna, y dieron cuenta del estado de Paris por el lado del Campo de Marte. «Hemos cortado la marcha á los alumnos de la patria, que el traidor Lebas se habia encargado de sublevar en favor de Robespierre,—dijo Freron;—hemos enviado algunos artilleros patriotas para que recorran las filas de sus

camaradas extraviados en la plaza del ayuntamiento, y traerlos á su deber. Ahora vamos á marchar á intimar á los revoltosos que si rehusan entregarnos á los traidores, los enterraremos en las ruinas de aquel edificio.»

Tallien ocupó la silla del presidente. «¡Partid,—dijo con enérgica voz á Freron y á sus colegas,—partid, y que el sol no salga ántes que hayan caido las cabezas de los conspiradores!»



Robespierre depositado en el salon de espera de la Convencion.—Pág. 492.

Sin embargo, Robespierre persistía en el ayuntamiento en la impasibilidad que se habia impuesto; tenia más bien trazas de estar en rehenes, que de ser jefe de la insurreccion. Coffinhal, Fleuriot y Payan sostenian solos la energía del Consejo y la adhesion del pueblo. Ninguno de ellos tenia la suficiente popularidad para dar su nombre á un movimiento tan grande. Robespierre les rehusaba el suyo; de suerte que se vieron en la precision de violentarle para salvarle y salvarse con él. «¡Oh! ¡Si yo fuese Robespierre!»—le dijo Coffinhal. Al salir de la prefectura de policia para ir á la casa de ayuntamiento, Robespierre no cesó de repetir á la diputacion que le acompañaba: «¡Vosotros me perdeis, y os perdeis á vosotros mismos! ¡Vosotros perdeis á la república!» Desde que llegó al Consejo municipal,